

Hacia una moral socialista

E.
MIRET
MAGDA
LENA

La moral que creó el capitalismo decimonónico ha fracasado, y las Iglesias que asumieron en la práctica esa misma moral se encuentran sin Norte que proponer a los hombres.

La rectificación que pretendió hacer el neocapitalismo no ha dado tampoco resultado, y encubre bajo módulos aparentemente más aceptables la misma moral del individualismo agresivo que se creó en el siglo XIX por influencia de las estructuras económico-sociales del capitalismo liberal inventado por Occidente.

Seguimos centrados en nuestro contexto social y económico por la competencia despiadada, el afán material a corto plazo con exclusión de los demás, la violencia como método para resolver las diferencias humanas y el deseo morboso de posesión exclusivista.

El cristianismo católico pudo haber sido el gran enemigo de esta moral capitalista y neocapitalista, pero no lo fue. En sus manuales de moral para seminaristas y confesores se estructuraron las ideas de esa sociedad egoísta y despiadada que emergió en el siglo XIX, ya que apenas se vislumbraban en esos textos los valores fundamentales del Evangelio.

En el siglo pasado surgió la gran figura de Marx, que combatió esa estructura y poco a poco su enseñanza ha ido plasmando en una nueva moral: la moral de la felicidad que intenta desarrollar el ser humano completo en sus aspectos individuales y sociales; la educación en los móviles sociales, y no en los egoístas que todo lo centran en la posesión con exclusión de los demás; la organización de una sociedad en donde se produzca una cooperación y un diálogo con exclusión de la violencia física, y la superación del antagonismo entre persona y colectividad, ya que un buen desarrollo de la persona supone una apertura a todos los seres sin exclusión de ninguno.

Lo cierto es que quien haya conocido a fondo a los grandes personajes religiosos del cristianismo, y haya leído el Evangelio sin prejuicios, encontraría esas mismas líneas fundamentales que en estos últimos siglos la religión ya no supo exponer con eficacia ni claridad.

Las grandes figuras del agnosticismo han sabido hacerlo mucho mejor y más eficazmente que los líderes religiosos de los últimos siglos, o incluso que muchos de los de hoy. Porque su palabra resulta más firme, más concreta y más luminosa al ahondar en nuestros fallos humanos y proponer metas de solución eficaces.

Estas son las reflexiones que me hacía

después de la conferencia en el Ateneo de Madrid del profesor Tierno Galván. Conferencia que, en mi opinión, ha de marcar un hito en nuestro país, a juzgar por el impacto que ha producido en muchos que queremos otra cosa muy distinta de la que hemos vivido hasta ahora y, sobre todo, de la que padecemos en nuestra última época de avasallador nacional-catolicismo.

El religiosamente agnóstico ha sabido dar un toque de atención y desbrozar el camino del porvenir mejor que lo hubiera hecho un dirigente espiritual dedicado profesionalmente a este menester.

Su postura es la de un socialismo marxista que a muchos nos influye profundamente, sin querer perder el tiempo en las inanes batallas que la religión llevó a cabo contra ese descubrimiento decimonónico, cuya área de influencia se ha extendido tan notablemente, como afirmaba hace unos días monseñor Maziers, arzobispo de Burdeos. Porque vamos convencidos de que muchos de los descubrimientos del marxismo sobre el hombre son ya una realidad que ha entrado en nuestra cultura definitivamente.

El cristiano que quisiera olvidar esto se condenaría a vivir en las nubes o pretendería resurgir el tiempo de las Cruzadas, con su postura negativa de combate. Por eso debía recordar la conferencia de monseñor Maziers, presidente de la Comisión Episcopal francesa para el mundo obrero, que ha tenido una positiva resonancia en la prensa socialista, a pesar de algunas evidentes reticencias que serían discutibles en el trabajo de este arzobispo.

"Ambientes o instituciones están marcadas por el marxismo en Francia y en todo el mundo". El creyente no puede, por tanto, olvidar esta situación y debe pensar las razones por las cuales esto se ha producido.

No sólo por el fracaso de la moral capitalista y de la concepción de la vida que esta estructura económico-social entraña, sino muy especialmente por la perspectiva humana que descubre el socialismo al buscar un camino eficaz de superación de la alienación humana a todos los niveles.

El día que afirmó el socialismo científico que "el hombre es el único agente de su liberación", los cristianos pusieron el grito en el cielo equivocadamente. Debían haber pensado que la más honda postura del cristianismo —ahí está Ignacio de Loyola— aconsejaban al hombre poner todo su calor, toda su imaginación

y toda su inteligencia en su propia actividad humana sin distraerse en evasiones impropias e idealistas antes de realizar la acción. Lo único que nos diferenciaba del no creyente era la actitud posterior. A Dios lo debemos ver sólo como "la fuerza de nuestra fuerza" y no como "el consuelo de nuestros fracasos", como observaba el filósofo católico inconformista Henry Duméry, porque es el fundamento innominable de la fuerza positiva de la Historia.

Otros católicos han tenido una idea muy distinta de lo que aquí digo. Pero sinceramente he de confesar que no puedo comprender de otra manera el cristianismo católico que de ésta que aquí señalo. Y considero más católicos, más universales, más profundamente amantes del hombre a quienes sin ningún título exterior religioso descubren en la existencia profunda de los hombres estos valores y estas tendencias y las usan al cien por cien, en vez de paralizarse en disquisiciones religiosas o antirreligiosas sutiles que a nada conducen.

Existe en algunos hombres una fe básica, sin denominación religiosa alguna, que es la fe básica de que carecen muchos titulados creyentes que han sido un obstáculo grave para el desarrollo del hombre.

Pocos creyentes del cristianismo han hablado de forma tan realista y tan acertada contra la demagogia —por ejemplo— como don Enrique Tierno Galván. O han criticado tan clara y tan seriamente como él a los ingenieros sociales que establecen un equivocado reinado de los ordenadores; ni a ese neocapitalismo que olvida el orden cualitativo y destroza la jerarquía humana de valores, o usa ciega y egoístamente la naturaleza física. Ni han hecho confesiones tan sinceras como nuestro profesor hablando de una necesaria revolución cultural en donde la meta sea la dicha integral del hombre.

Se sea o no marxista, lo que no cabe la menor duda es que el marxismo ha descubierto el trasfondo negativo de nuestra sociedad luminosamente y propone una moral que en sus líneas generales ayudará a vencer esta engañosa civilización si usamos además los medios técnicos adecuados que él propone. ■